

# LAS COMPLEJIDADES DE LA TRANSICION INVISIBLE

## MOVILIZACIONES POPULARES Y REGIMEN MILITAR EN CHILE

MANUEL A. GARRETON

(FLACSO, Chile)

### PRESENTACION

El tema de las protestas y movilizaciones populares bajo el régimen militar chileno, que cobró especial relevancia desde que en mayo de 1983 se iniciara el ciclo de las Protestas Nacionales masivas, se inserta en tres tipos de debates<sup>1</sup>.

En primer lugar, en el debate político estratégico de la oposición chilena al régimen militar. Desde la irrupción de ésta al espacio público en 1983, la "movilización social" ha sido el tema central de todos los debates y el punto de convergencia y divergencia principal. Los diversos sectores de oposición la invocan como un elemento imprescindible, aunque le otorguen significados y finalidades diferentes. En algunos momentos se transformó en un verdadero mito y se la consideró en sí misma la "estrategia para poner fin al régimen militar". En los tiempos recientes, en el debate autocrítico de la oposición, el tema vuelve a ser tocado, y hay quienes atribuyen al fracaso de tal estrategia la mantención del régimen de Pinochet, mientras otros persisten en considerarla el único camino<sup>2</sup>.

Este primer tipo de debate se entronca con un segundo, de corte más académico, que se refiere al papel jugado por las movilizaciones sociales en los procesos de transición desde regímenes militares o autoritarios a regímenes democráticos. ¿Son ellas un compo-

<sup>1</sup> Como se verá más adelante, luego de diez años de régimen militar en los que se habían dado movilizaciones sectoriales importantes, se produjo en mayo de 1983 una gran movilización de masas que se repitió en los meses siguientes. Estas movilizaciones, las Protestas Nacionales, implicaron la irrupción en el espacio público de la oposición social y política, lo que obligó al Gobierno a agregar a su lógica militar y represiva una lógica de tipo político. Una completa descripción de estos procesos en G. de la Maza y M. Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*, Santiago: ECO, 1985.

<sup>2</sup> El Gobierno y la derecha han buscado identificar las movilizaciones sociales con el tema de la violencia y el vandalismo. La oposición política, sorprendida un tanto con los éxitos de sus primeras protestas, vio en ellas la gran posibilidad de desgastar definitivamente al régimen. Los partidos que constituyeron la Alianza Democrática, con el tiempo vieron en la movilización social el instrumento para forzar una negociación con las FF.AA., tomando así cierta distancia con sus formas de expresión más radicalizadas. Los sectores de oposición más propiamente de izquierda vieron en la movilización una fórmula de desestabilización que podía llevar al derrocamiento del régimen. Un ejemplo de crítica a la estrategia de movilizaciones es el documento de J.J. Brunner, "Notas para la discusión", mimeo, octubre 1986. Una posición más equilibrada en E. Boeninger, Documento interno, 18 de octubre de 1986. Una defensa de estos procesos en "Por la movilización social", noviembre de 1986, redactado por sectores ligados a la Intransigencia Democrática. Mi propia visión al respecto puede encontrarse en "1 escenarios e itinerarios de la transición", *Cuadernos ESIN*, No. 4, Instituto para el Nuevo Chile, Santiago, 1986; "Transición a la democracia en Chile: obstáculos, avances, dilemas", *Mensaje*, enero-febrero 1986 (Santiago); y "Balance y perspectivas de la transición a la democracia en Chile", *Análisis*, 29 al 26 de enero de 1987 (Santiago).

\* Este trabajo será publicado en S. Eckstein, ed., *Protest and resistance movements in Latin America*. Una versión abreviada será publicada por IPALMO, Roma. El trabajo fue hecho en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Chile, donde el autor es Profesor Investigador, y terminado durante la estada como Profesor Invitado en L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, febrero 1987. El autor agradece la colaboración bibliográfica de Federico Joannon.

nente indispensable de un proceso de transición? ¿Juegan sus diversas formas un papel decisivo en la erosión o la recomposición del régimen militar? ¿Cómo se articulan con los procesos también indispensables de concertación y negociación entre régimen y oposición? ¿Hay momentos o tipos de movilización más adecuados a una transición?<sup>3</sup>

La tercera vertiente desde la cual se puede analizar las movilizaciones sociales populares nos remite al debate sobre los nuevos movimientos sociales y la constitución de sujetos histórico-políticos que se produce por la transformación profunda, aunque diferente en su naturaleza, que se da tanto en los países centrales como en los periféricos. ¿Constituyen estas movilizaciones sociales algo más que expresiones masivas de descontento con un régimen? ¿Son portadoras de los gérmenes de nuevos movimientos sociales, lo que implica una redefinición no sólo de los actores centrales sino de la relación entre política y sociedad? ¿Comprenden sólo a un presente inmediato o nos hablan de actores y formas democráticas del futuro?<sup>4</sup>

Un análisis de las movilizaciones y protestas populares en el caso del régimen militar chileno debe ubicarse en esta triple perspectiva.

Hace algunos años, antes de desencadenarse las protestas populares, se denominaba "transición invisible" a este fenómeno de redemocratización de la sociedad en términos de recomposición y reorganización de sujetos y actores sociales, distinguiéndola de la transición política a la democracia, que se mide en términos de mecanismos y plazos del régimen político<sup>5</sup>. Quedaba así planteado el problema de la relación entre ambos procesos. Es evidente que en estos tres años ha habido una movilización social y popular como no se dio en otros regímenes militares. Y también es cierto que la dictadura militar aún se mantiene, y parece cumplir con sus propios plazos y mecanismos de institucionalización. Cabe, entonces, plantearse esta paradoja y preguntarse por la naturaleza de estas movilizaciones y, por lo tanto, por las potencialidades y límites de esta "transición invisible".

En la primera parte de este trabajo discutiremos los tipos y características de las movilizaciones sociales en regímenes militares. En la segunda parte haremos una reseña de la evolución de las movilizaciones bajo el régimen militar chileno, refiriéndonos principalmente a las de tipo global como las Protestas y Paros, a los rasgos básicos de las movilizaciones sectoriales y al impacto de las formas de movilización en la opinión

3 Una discusión de esta problemática en G. O'Donnell y Ph. Schmitter, "Political life after authoritarian rule: tentative conclusions about uncertain transitions", en O'Donnell, Schmitter, Whitehead, *Transitions from authoritarian rules. Prospects for democracy*, John Hopkins University Press, 1986. También en M.A. Garratón, "Seis proposiciones sobre democratización política en Chile", *Convergencia*, No. 10, diciembre 1986 (Santiago).

4 Véase sobre esta perspectiva de los nuevos movimientos sociales, en un plano más teórico y referido en parte a las sociedades desarrolladas, A. Touraine, *La voix et le regard*, Paris: Seuil, 1978; "Les mouvements sociaux: objet particulier ou problème central de l'analyse sociologique", *Revue Française de Sociologie*, XXV, 1984; *Mouvements sociaux d'aujourd'hui. Acteurs et analystes*, Paris: I.d. Economie et Humanisme, Les Editions Ouvrières, 1982. También K. Eder, "A new social movement?", *TELOS*, No. 52, Summer 1982; J. Cohen, "Between crisis management and social movements. The place of institutional reforms", *TELOS*, No. 52, Summer 1982; T. Evers, "La faz oculta de los nuevos movimientos sociales", *Punto Crítico*, VII: 25, Buenos Aires, 1985. Para el caso brasileño, M. Grossi, "El cuestionamiento de la política partidaria en Brasil", mimeo, 1985; P. Singer y V. Caldeira Brant (eds.), *O povo em movimento*, Petropolis: Vozes, 1980. Para el caso chileno, el volumen editado por CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Santiago, 1986 (especialmente la Introducción de G. Campero); M.A. Garratón, *Dictadura y democratización* (Santiago: FLACSO, 1984), Cap. 3.

5 M.A. Garratón, *El proceso político chileno*, (Santiago: FLACSO, 1983), Cap. 11.

pública. En la tercera parte formularemos algunas hipótesis interpretativas a partir de tres ejes: las transformaciones sociales ocurridas bajo el régimen militar, la redefinición de las relaciones entre política y sociedad o partidos y movimientos sociales, y la vinculación de la movilización social con el proceso de transición política.

## MOVILIZACIONES SOCIALES Y REGIMEN MILITAR

No cabe aquí un recuento de las características y evolución de los regímenes militares que emergieron en los sesenta y setenta en el Cono Sur de América Latina<sup>6</sup>. Para los efectos de nuestro análisis nos basta con algunas consideraciones.

En primer lugar, uno de los rasgos esenciales de estos regímenes es su definición anti-movilizadora. Habiéndose impuesto sobre una sociedad muy activada, ellos buscan su desmovilización en todos los frentes, incluso en el de apoyo civil a su gestión. Desmovilización y despolitización como objetivos llevan a que tanto los elementos represivos como los aspectos transformadores de estos regímenes intenten no sólo dismantelar las formas tradicionales de movilización que la sociedad conoció, sino imposibilitar la constitución de nuevos actores y nuevas formas de movilización. Las movilizaciones sociales en los regímenes militares estarán así siempre en referencia al grado y tipo de represión, a la naturaleza de las transformaciones estructurales e institucionales, y a la existencia de espacios de reconstitución de la acción colectiva que pueden ser provistos o por la arena política o por instituciones como la Iglesia.

Ello nos lleva a una segunda consideración, que se refiere a un cierto paralelismo entre la evolución de estos regímenes y la de las movilizaciones en su contra<sup>7</sup>. En los primeros tiempos del régimen militar, caracterizado normalmente por el predominio irrestricto de la dimensión reactivo-represiva, las movilizaciones tienden a ser inexistentes o muy marginales, y reducidas a expresiones testimoniales o defensivas de grupos directamente afectados por la represión, muchas veces amparados por las Iglesias. En la fase más "activa" del régimen militar, cuando éste intenta desplegar un proyecto de transformación económico-social fundante de una nueva hegemonía, hay un predominio de las resistencias y movilizaciones sociales —que adquieren rasgos típicamente reivindicativos— por parte de los sectores afectados por tales transformaciones. La globalización de estas resistencias sectoriales tiende a manifestarse principalmente en el plano cultural. Es con la crisis del proyecto transformador del régimen, con el inicio de su descomposición y el aislamiento de su núcleo dirigente, que se produce la masificación de las movilizaciones. Si las primeras movilizaciones masivas tienen como ejes la pérdida del miedo, la expresión de descontentos, el reconocimiento de un sujeto colectivo amplio y plural, estos ejes son insuficientes para profundizar la crisis del régimen y avanzar en un proceso de transición. Tampoco bastan los elementos reivindicativos sectoriales o corporativos. Se hace necesaria aquí la demanda, estrictamente política que apunta al término del régimen, y a mecanismos y plazos de transición. Y en este proceso adquiere un papel crucial la rearticulación del liderazgo político con las múltiples y variadas expresiones de descontento y aspiraciones presentes en las movilizaciones sociales.

<sup>6</sup> Una discusión general en D. Collier (ed.), *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton, 1979; G. O'Donnell, "Reflexiones sobre las tendencias de cambio en el Estado burocrático autoritario" (en castellano en *Revista Mexicana de Sociología*, 1/1977; en inglés en *Latin American Research Review*, 12: 1, Winter 1978); Garretón, *Dictaduras...*, Cap. 1 (en inglés, "The failure of dictatorships in the Southern Cone", *TELOS*, Fall 1986) y *El proceso...*, 2a parte.

<sup>7</sup> Para la evolución de estos regímenes, véase Garretón, *Dictaduras...*, Cap. 1.



Si se consideran, entonces, los rasgos propios de estos regímenes militares y su evolución desde su instalación hasta el momento de su término, es posible pensar la especificidad de las movilizaciones sociales que se dan en él —más allá de rasgos comunes a movilizaciones que se dan en cualquier tipo de régimen— en términos de dos ejes<sup>8</sup>. Uno es la recomposición del sistema de actores colectivos que ha sido eliminado, desarticulado o debilitado por las transformaciones estructurales e institucionales del régimen. El otro es el proceso de profundización de la crisis de la dictadura y el desencadenamiento o aceleración de la transición política. No siempre hay coincidencia entre estos dos ejes, e incluso pueden en determinados momentos poseer dinámicas contradictorias.

La tercera observación remite a la diversidad de significados y funciones de las movilizaciones sociales bajo regímenes militares. En efecto, estos comportamientos colectivos que expresan alguna forma de oposición o resistencia a una dictadura cumplen, tanto en términos de los actores involucrados como de los efectos que producen, papeles que no pueden ser subsumidos en una sola categoría. Así, pueden distinguirse cuatro tipos de movilizaciones básicas, independientemente de las actividades que las componen. La primera es la movilización de tipo expresivo-simbólico, con fuerte contenido ético y emocional, que busca sobre todo la afirmación o defensa de una identidad y de una comunidad que se siente amenazada, que expresa rebeldía, y que no se orienta por la búsqueda de resultados diferentes a la pura expresión de esa identidad, esa propuesta o esa rebeldía. El segundo y el tercer tipo de movilización son de carácter más instrumental y están orientados a la búsqueda de resultados específicos. El primero de ellos es la movilización instrumental organizativa, que busca como resultado consolidar y reproducir la organización, aumentando su legitimidad "interna" y "externa". La otra forma de movilización instrumental es la clásica de tipo reivindicativo, que busca mejorar la condición de un actor particular en el plano social, económico o político. El marco institucional, y la autonomía y fuerza orgánica de cada actor, son determinantes en este tipo de movilización. El cuarto tipo de movilización es el que podríamos denominar como propiamente político, el cual se guía por metas y métodos referidos al término y reemplazo del régimen militar. Si bien no pueden identificarse estos tipos de movilizaciones con formas o actividades específicas, y una misma actividad puede tener cualquiera de los cuatro significados señalados, es posible encontrar ejemplos privilegiados para cada uno de ellos, como son las movilizaciones en torno al derecho a la vida, vía ayunos o huelgas de hambre, para el primer caso; las movilizaciones electorales en el seno de una organización como un Colegio Profesional, para el segundo caso; las tomas de terreno o la huelga salarial, para el tercer caso; y el movimiento por "elecciones directas" en Brasil, como ejemplo típico de movilización política<sup>9</sup>.

Es evidente que toda movilización tiende a combinar algunas de estas dimensiones;

<sup>8</sup> Si bien pueden encontrarse movilizaciones de tipo semejante bajo diferentes regímenes, lo que aparece como característico de las protestas y movilizaciones bajo la dictadura es, por un lado, un contexto institucional que las prohíbe, impide o dificulta; por otro lado, el que ellas explícita o implícitamente apuntan al término del régimen. Estos dos rasgos, a su vez, le dan a las protestas y movilizaciones bajo dictaduras un alto componente de "heroicidad" y carga emotiva, y también de politización.

<sup>9</sup> Sobre familiares de detenidos desaparecidos y sus luchas, G. Bravo, "Vida y muerte en el nuevo orden y génesis de una moral alternativa", *Proposiciones*, No. 5, enero 1982. Una versión completa en "Crisis de sentido y transformación de identidades sociales", Tesis de Grado, Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile, mimeo, 1982; H. Vidal, *Dar la vida por la vida. La agripiación Chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos*, University of Minnesota, 1982. Sobre movilizaciones reivindicativas, véase Nota 23. Sobre movilizaciones electorales, Nota 38.

sin embargo, lo importante es el peso que se le asigna a cada una de ellas. Por otro lado, la identificación de actores específicos con una de estas dimensiones puede tener efectos inhibidores de un proceso de transición, por lo que uno de los problemas básicos de una oposición movilizadora es cómo combinar estos tipos de movilización, evitando los comunitarismos o particularismos, los corporativismos o la excesiva politización que reducen la extensión de la apelación.

Una última consideración se refiere a los límites de las movilizaciones sociales en cuanto promotoras o productoras de procesos de transición. En efecto, ellas son uno de los componentes de tales procesos y no "el" componente. Las transiciones suponen, además de movilizaciones, descomposición del bloque gobernante, negociación entre régimen y oposición, y mediación de instancias o actores por encima de régimen y oposición<sup>10</sup>. Con estos tres procesos las movilizaciones tienen relaciones complejas y ambivalentes, pudiendo tener efectos mutuamente reforzantes o contradictorios. El significado político de las movilizaciones depende de su "efecto estatal", y éste es un elemento específico que no se reduce a la movilización misma. Bajo un régimen autoritario, si una movilización no se inserta en una estrategia que calcula el "efecto estatal", éste queda enteramente en manos del poder dictatorial. Este efecto estatal puede formar parte de una estrategia insurreccional-militar o de una propiamente política, en cuyo caso se trata de un proceso de negociación o concertación entre los titulares del poder y la oposición. Así, en transiciones políticas, la relación entre movilización popular y negociación política adquiere un carácter crucial y definitorio en toda estrategia opositora.

## LAS MOVILIZACIONES SOCIALES EN EL REGIMEN MILITAR CHILENO

En 1973, con el derrocamiento de Salvador Allende y del gobierno de la Unidad Popular, se puso fin no sólo a la experiencia de la "vía chilena al socialismo", que intentaba transformar drásticamente la estructura socioeconómica manteniendo el régimen político democrático; también significó el término de un largo período de estabilidad democrática, que arrancaba de los años treinta<sup>11</sup>.

En efecto, desde esa década Chile vivió la correlación de tres procesos que en otros países de América Latina se dieron en forma separada: un proceso de democratización política, con la creciente inclusión de un espectro partidario completo desde derecha a izquierda, y con la progresiva participación ciudadana que se consolidó en la década del sesenta; un proceso de democratización social, que significó un muy importante rol redistributivo del Estado, y una fuerte presión de capas medias y sectores populares organizados; finalmente, un proceso de industrialización sustitutiva incompleta, en el cual, sin embargo, la exportación de cobre seguía siendo la principal riqueza, y donde el Estado jugaba un rol significativo<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Garratón, "Seis proposiciones...".

<sup>11</sup> Una visión general de este período en B. Loveman, *Chile: the legacy of hispanic capitalism*, Oxford University Press, 1979; T. Moulian, *Democracia y socialismo en Chile*, (Santiago: FLACSO, 1983), pp. 165-158; A. Pinto, *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*, Buenos Aires: Solar, 1971; Garratón, *El proceso...*, Cap. 1 y "Chile: In search of lost democracy", en J. Harllyn y S. Morley (eds.), *Latin American Political Economy: Financial crisis and political change*, Westview Press, 1986 (en castellano en *Desarrollo económico*, Vol. 25, No. 99, Buenos Aires, diciembre 1985); M. Aylwin et al., *Chile en el siglo XX*, Santiago: Emisión, s/f.

<sup>12</sup> Moulian, *Democracia y...*; Garratón, *El proceso...*

Todo lo anterior significó un tipo de integración de los sectores populares en forma gradual, institucionalizada y conflictiva, dependiente en muy alto grado del sistema político partidario: fuerzas sociales débiles, pero políticamente fuertes; debilidad de movimientos sociales autónomos; capacidad de representación política alta y articulación estrecha entre liderazgo social y liderazgo político-partidario.

El carácter subordinado de la integración popular, la politización de las luchas reivindicativas, la presencia de partidos de centro y de izquierda, especialmente, que aceptaban el régimen político y jugaban en él, pero presionaban por cambios sociales, le dieron a esta integración una nota particular: la importancia asignada a la organización social y su vinculación político partidaria, y el valor asignado a la lucha reivindicativa. Todo ello favoreció un tipo de movilización que, legal o para-legal, tenía siempre al Estado como referente de la acción colectiva<sup>13</sup>.

En la década del sesenta se hizo patente la rigidez del sistema capitalista dependiente para seguir sosteniendo un proceso de democratización global<sup>14</sup>. Paralelamente se dio un proceso de radicalización del espectro político partidario, donde la derecha tradicional se unificó en un partido con tendencias cada vez más autoritarias y nacionalistas; en el centro político se consolidó la Democracia Cristiana como un partido ideológico, de escasa flexibilidad para las alianzas y con fuerte contenido mesiánico y transformador; en la izquierda, los dos grandes partidos, Partido Socialista y Partido Comunista, junto a otros grupos escindidos del centro político, consolidaron una alianza que plantearía un proyecto socialista de cambios radicales dentro del marco democrático<sup>15</sup>. En 1964, el presidente Eduardo Frei inició un proceso de modernización capitalista y de democratización que incorporó a los sectores campesino y marginal urbano hasta entonces excluidos. A mediado de su gobierno, hubo un empujamiento del proceso de reformas y una masificación de las movilizaciones en forma de huelgas ilegales, tomas de terreno, a veces violentamente reprimidas. En todo caso, con la reforma agraria, la semi nacionalización del Cobre y la incorporación de los sectores urbanos marginales, se había avanzado profundamente en la modernización y democratización incompletas de las últimas décadas<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Sobre la importancia del Estado, fuera de los textos ya mencionados, véase M. Góngora, *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile durante los siglos XIX y XX*, Santiago: La Ciudad, 1981. Un estudio de la relación entre el movimiento sindical y el sistema político, en A. Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México: ERA, 1974.

<sup>14</sup> Véase T. Moulian, "Tensiones y crisis políticas: análisis de la década del 60", Santiago: CED, Documento de trabajo No. 17, 1984.

<sup>15</sup> La Derecha, representada tradicionalmente por los partidos Liberal y Conservador, se unificó en el Partido Nacional a mediados de los sesenta. En el centro, la predominancia del Partido Radical, de tipo pragmático y pendular y origen laico, cedió paso a la Democracia Cristiana. Los Partidos Socialistas y Comunistas, que habían constituido el Frente de Acción Popular, al incorporar a su alianza a fines de los sesenta al Partido Radical, al MAPU y a otros grupos menores, constituyeron la Unidad Popular. Es importante consignar el clima ideológico de la época y el impacto de la Revolución Cubana, que radicalizaron las opciones políticas, lo que se hizo sentir en la Izquierda, sobre todo en el Partido Socialista.

<sup>16</sup> Sobre el período democrata-cristiano y sus consecuencias, además de la bibliografía ya citada, véase B. Stallings, *Class conflict and economic development in Chile, 1958-1973*, Stanford University Press, 1978; A. Valenzuela, *The breakdown of democratic regimes: Chile*, John Hopkins University Press, 1978; L. de Ritz, *Sociedad y política en Chile*, México: UNAM, 1979; S. Molina, *El proceso de cambio en Chile. La experiencia 1965-1970*, Santiago: Universitaria, 1972.



El gobierno de Allende implicó una nueva profundización de este proceso de democratización<sup>17</sup>. El tipo de reformas planteado hirió intereses del capital extranjero y del gran capital chileno. Desde el inicio hubo un enfrentamiento entre vastos sectores populares, el gobierno y los partidos que lo integraban, por un lado, y una oposición que, poco a poco, fue abandonando el terreno institucional y haciéndose nítidamente golpista. La época se caracterizó por una enorme movilización de masas, de uno y otro sector, en un marco de creciente polarización política. La inclinación de los sectores medios y de la Democracia Cristiana hacia una oposición radical al Gobierno dejó aislado a éste, pese a contar con un apoyo del 44 por ciento en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 y con un muy fuerte apoyo popular. En este clima de polarización y desinstitucionalización, favorecido por la política de boycot norteamericano al Gobierno, las Fuerzas Armadas, encabezadas por Pinochet, dieron el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, bajo el pretexto de "restaurar la institucionalidad quebrantada"<sup>18</sup>.

Las dos tareas que se propuso el régimen militar eran, por un lado, la recomposición de un capitalismo en crisis y, por otro, la desarticulación de la sociedad política, pasando por la eliminación del "enemigo derrotado": la Unidad Popular y los sectores sociales que ella representaba. El período que va desde 1973 a 1976/1977 se caracterizó por el predominio irrestricto de la dimensión represiva, que encontró al frente, como barrera de protección, a la Iglesia Católica; por la progresiva personalización del poder de Pinochet; y por la emergencia y consolidación de un equipo tecnocrático en la dirección estatal, junto a Pinochet, conocido como el "equipo de Chicago", que le dio una orientación de contenido al régimen militar<sup>19</sup>. Desde 1977 a 1981 se intensificó el proyecto transformador del régimen militar a través del modelo económico a la Chicago; de un vasto plan de reformas sociales destinadas a reducir el rol redistributivo del Estado, segmentar la base social e introducir en todas las esferas los mecanismos de mercado, eliminando la acción colectiva y política; y de un proceso de institucionalización política que culminó en una nueva Constitución impuesta en 1980, que buscaba asegurar el paso de una dictadura militar a un régimen autoritario, con la designación del general Pinochet como

17 Sobre el período de la Unidad Popular, véase, además de los libros de Stallings, de Riz y A. Valenzuela citados, M.A. Garretón y T. Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago: Minga, 1983; S. Bitar, *Transición, socialismo, democracia. La experiencia chilena*, México: Siglo XXI, 1979.

18 Sobre el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, además de los textos citados en la nota 17, véase C. Prats, *Memorias de un soldado*, Santiago: Pehuén, 1986; J. Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, Barcelona: Ariel, 1976.

19 Sobre la represión, véase H. Fruhling, "Repressive policies and legal dissent in authoritarian regimes: Chile 1973-1981", *International Journal of the Sociology of Law*, No. 12, 1984 (en castellano, "Discriminamiento de la sociedad: Estado y sociedad civil en Chile 1973-1981", mimeo, Santiago, 1982). Sobre el modelo económico puesto en práctica por el equipo de los "Chicago Boys", como se les llamó por su irrestricta adscripción a las teorías de la escuela económica de Chicago y de Milton Friedman, véase A. Foxley, *Latin American experiments in neo-conservative economics*, University of California Press, 1983. En general, sobre la evolución del régimen militar y de su proyecto socio-económico y político, S. Valenzuela y A. Valenzuela (eds.), *Military rule in Chile. Dictatorship and opposition*, John Hopkins University Press, 1985; P. Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, Santiago: FLACSO, 1985; Eugenio Tironi, *El liberalismo real*, Santiago: SUR, 1986. Los aspectos más políticos de esta evolución en Garretón, *El proceso ...*, Tercera Parte; "Escenarios ..."; en inglés, "The political evolution of the Chilean military regime and problems in the transition to democracy", en O'Donnell, Schmitter, Whitehead (eds.), op. cit., Vol. on Latin America. Véase también A.E. Fernández Jiliberto, "Dictadura militar y oposición política en Chile 1973-1981", *Latin American Studies*, No. 31, Holland: CEDLA, Foris Publications, 1985.

Presidente hasta 1989, y en esa fecha la posibilidad de ser redesignado hasta 1997 en un plebiscito unipersonal<sup>20</sup>. A partir de 1981, el modelo transformador del régimen entró en crisis, por el fracaso de su esquema económico. Ello significó fragmentación del bloque civil de apoyo, agudización de la personalización del poder, mayor aislamiento del gobierno militar, y un descontento de las capas medias que potenció la movilización popular y la emergencia pública de los partidos políticos<sup>21</sup>. En 1983 se inició la protesta masiva, social y política, frente a la cual el régimen mantiene un alto nivel represivo, combina aperturas limitadas e informales con "cierres" políticos, y avances en la institucionalización con miras al 89. La oposición, por su parte, enfrenta los problemas de su fragmentación y de la vinculación de la estructura político partidaria con la sociedad<sup>22</sup>.

#### a) LAS EXPRESIONES COLECTIVAS 1973-1983

Hasta 1983 sólo puede hablarse de movilizaciones sectoriales y parciales. Ellas correspondían a: acciones de defensa, protesta y solidaridad, en relación a las violaciones de los derechos humanos como asesinatos, detenciones, torturas, desapariciones (actos masivos, ayunos, huelga de hambre, etc.); a organización de actividades de subsistencia en medios poblacionales (Ollas Comunes, Bolsas de Cesantes, etc.); actividades reivindicativas también en medios poblacionales (tomas reducidas de terreno, demandas al poder municipal); reivindicaciones laborales (alteraciones del proceso productivo, viandazos, huelgas parciales), las que a partir de 1978 fueron al mismo tiempo activadas y acotadas con la dictación de las leyes laborales por parte del Gobierno, lo que implicó un limitado renacimiento del sindicalismo de base, en tanto se constituían a nivel nacional organizaciones

<sup>20</sup> Un análisis de la Constitución en C. Arriagada, "La Constitución, ¿conduce a la democracia?", *Hoy*, 358, 1984 (Santiago).

<sup>21</sup> Sobre la crisis del proyecto del régimen militar y la persistencia de éste pese a tal crisis, véanse los libros de P. Vergara y E. Tironi citados; y Garretón, "Escenarios ..." y *El proceso* ..., Cap. 9. Sobre los partidos políticos, véase FLACSO *Partidos políticos y democracia*, Santiago, 1985; Garretón, *Dictadura y democratización* ..., Cap. 4, y "Chili: partis politiques et autres acteurs sociaux", *Amérique Latine*, 24, Paris, décembre 1985; A. Valenzuela y S. Valenzuela, "Party opposition under the Chilean authoritarian regime", *Military rule* ... Sobre el Partido Comunista, J.A. Viera-Gallo, "El Partido Comunista y la violencia", *Mensaje*, enero 1987.

<sup>22</sup> A manera de síntesis recordatoria: la oposición en Chile está formada por dos sectores menores de derecha (liberales y Republicanos); en el centro, por el Partido Demócrata Cristiano, el Social Demócrata y el Radical, con claro predominio demócratacristiano; y en la izquierda, dos Partidos Socialistas (junto a otros grupos socialistas menores), el MAPU, la Izquierda Cristiana y el Partido Comunista. Finalmente está la oposición netamente insurreccional y armada, en la que destacan el MIR y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Se han intentado diversas formas de agrupación de los partidos de oposición, sin haberse llegado a una multipartidaria. En 1983 se constituyeron la Alianza Democrática (Republicanos, Liberales, Social Democracia, Democracia Cristiana, Partido Radical, Unión Socialista Popular, Partido Socialista, sector Briones o Núñez), el Movimiento Democrático Popular (Partido Socialista, sector Almeyda; Partido Comunista, MIR y otros grupos menores), el Bloque Socialista, disuelto dos años después (Partido Socialista de la Alianza Democrática, Izquierda Cristiana, MAPU, MAPU-Obrero-Campesino, Convergencia Socialista e Independientes). Ha habido intentos posteriores de buscar reagrupamientos más amplios a través de personalidades de diversas tendencias, como el PRODEN o la Intransigencia Democrática, de gravitación puntual o circunstancial. El intento más importante de reagrupamiento fue el Acuerdo Nacional, a mediados de 1985 y a instancias del Cardenal Fresno, donde se agregaron a los partidos de la Alianza dos partidos de derecha, el Partido Nacional y la Unión Nacional, y la Izquierda Cristiana. En 1986 este Acuerdo Nacional se amplió a varios grupos socialistas y al MAPU, pero se sustrajeron la Unión Nacional y la Izquierda Cristiana. Todos estos bloques se conocen con el nombre de "referentes". En cuanto a la derecha, se ven como herederos del régimen la Unión Demócrata Independiente, los Nacionalistas, la Unión Nacional y el Partido Nacional.



de coordinación sindical más volcadas hacia lo político; manifestaciones de alcance político en determinadas fechas, que tuvieron un auge principalmente en el período del plebiscito de 1980, pese a las restricciones (concentraciones relámpago, difusión de panfletos, pequeñas marchas, etc.); movilizaciones culturales, especialmente en medios estudiantiles universitarios, en los que también se daban concentraciones relámpago y movilizaciones reivindicativas que alcanzaban la forma de paralizaciones parciales; etc.<sup>23</sup>.

Sin entrar en un análisis pormenorizado de las movilizaciones durante este decenio (1973-1983), y reconociendo la heterogeneidad tanto de ámbitos como de períodos, es posible indicar sus características generales. En primer lugar, ellas se dieron en un marco altamente represivo y de muy escasa permisividad, lo que explica su carácter aislado, errático y de duración breve. En segundo lugar, salvo escasas excepciones en el ámbito reivindicativo, estas movilizaciones no parecen dirigidas a un interlocutor del que se espera la satisfacción de una demanda, sino que estaban orientadas más bien por principios de tipo expresivo y autorreferentes. En los casos reivindicativos, la ausencia de respuestas gubernamentales positivas y la represión, dejaron entregadas las movilizaciones a su propia descomposición interna<sup>24</sup>. En tercer lugar, una buena parte de estas movilizaciones estaba vinculada a la protección institucional de la Iglesia, donde tendió a reconstituirse un sistema de organizaciones sociales que poco a poco cobró autonomía. En cuarto lugar, y pese a la imposibilidad de trascender a niveles de expresión más globales y coordinados, lo que será propio del ciclo de las Protestas que examinaremos más adelante, la recurrencia de estas diversas movilizaciones apunta a dos fenómenos importantes. Por un lado, el régimen militar no logró eliminar las expresiones colectivas ni los gérmenes de organización en que éstas se basaban. Por otro lado, en todas estas movilizaciones estaban presente una franja de militantes de partidos y de organizaciones de derechos humanos o de iglesias; dichos militantes —que se movían con relativa autonomía respecto de sus aparatos, con lo que se definió un nuevo modo de relación de lo

23 Para un panorama general de las movilizaciones de jóvenes, pobladores, movimiento sindical, campesinos y mapuches, véase CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales ...*. Sobre los movimientos de jóvenes, I. Agurto, M. Canales, G. de la Maza, *Juventud chilena: razones y subversiones*, Santiago: ECO-FOLICO-SEPADE, 1985. Sobre los movimientos de pobladores y las tomas de terrenos, E. Morales y S. Rojas, "Relocalización socio-espacial de la pobreza. Política estatal y presión popular, 1979-1985", Santiago: FLACSO, Documento de Trabajo, No. 280, 1986; A. Rodríguez (Coord.), "Campesintismo Raúl Silva Henríquez y Monseñor Francisco Fresno. Experiencia de asistencia técnica", Santiago: SUR, Documento de trabajo, No. 23 b, 1984; A. Rodríguez, *Por una ciudad Democrática*, Santiago: SUR, 1983; V. Espinoza, "Tipos de acción poblacional y movimiento popular urbano en Chile", Santiago: SUR, Documento de trabajo, No. 18, 1983. Sobre las acciones del movimiento sindical, G. Campero y J.A. Valenzuela, *El movimiento sindical en el régimen militar chileno*, Santiago: ILET, 1984; M. Barrera, *La demanda democrática de los trabajadores*, Santiago: CES, 1986; J. Ruiz-Tagle, *El sindicalismo chileno después del Plan Laboral*, Santiago: PET, 1985. Sobre las acciones de las organizaciones económicas populares, puede consultarse los diversos estudios del Programa de Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano (PET); entre otros, C. Hardy Hambre+ Dignidad + Ollas Comunes, Santiago: PET, 1986. Sobre acciones culturales, ver Cap. IV de Agurto, Canales, de la Maza, *Juventud chilena ...*; P. Gutiérrez, *Agrupaciones culturales. Una reflexión sobre las relaciones entre política y cultura*, Santiago: CENECA, 1983. Sobre las luchas anti-represivas y el movimiento de derechos humanos, véase H. Frühling, art. cit.; los trabajos de SERPAJ, la Vicaría de la Solidaridad y la Comisión de Derechos Humanos; también H. Vilella et al., *Los derechos humanos como política*, Santiago: Amerindia, 1985. Sobre las movilizaciones en torno a los detenidos desaparecidos, véase citadas en Nota 9. Las luchas contra la tortura, en H. Vidal, *El Movimiento contra la Tortura* Sebastián Acededo. *Derechos humanos y la producción de símbolos nacionales bajo el fascismo chileno*, Institute for the Studies of Ideology and Literature, University of Minnesota, 1986.

24 Además de los textos citados sobre acción sindical reivindicativa y sobre la acción poblacional del mismo tipo, véase R. Baño, *Lo social y lo político* (Santiago: FLACSO, 1985), Caps. 1 y 2.

social con lo político— se constituyeron en los animadores de tales movilizaciones<sup>25</sup>. La presencia de este “activo político-social” en los diversos ámbitos —mezcla de clase política intermedia y animadores o dirigentes sociales— es lo que aseguró cierta continuidad en una precaria organización sometida a la marginalidad y lo que permitió su emergencia en el momento de la crisis del proyecto transformador del régimen militar en 1983.

#### b) EL CICLO DE PROTESTAS Y PAROS

En mayo de 1983 se produjo la primera manifestación masiva denominada Protesta Nacional, y con ello el tema de la movilización social llegó a ocupar un lugar central tanto en la relación régimen-oposición como en los debates y acciones de la oposición misma. La organización sindical más importante, si se considera su tamaño y posición estratégica —esto es, la Confederación de Trabajadores del Cobre—, pocos días antes del 11 de mayo y a raíz de discusiones con otras agrupaciones sindicales, cambió un llamado a Paro Nacional por un llamado a protestar masivamente, difundiendo esta convocatoria a través de instructivos<sup>26</sup>.

Durante ese día hubo paros parciales, ausentismo, trabajo lento, manifestaciones en los centros laborales; asambleas, manifestaciones y tomas en las Universidades; bocinazos y concentraciones relámpagos en el centro de la ciudad y en arterias importantes; ruido de cacerolas, cortes de luz en la tarde en barrios de sectores medios y pobladores, donde también se dieron barricadas; ausentismo en las escuelas y abstención de compra en el comercio. El gobierno, que en un comienzo quiso desconocer esta manifestación, desató una represión que costó dos muertos, 50 heridos y 300 detenidos.

De algún modo, la rutina reseñada de la Primera Protesta se repitió en las siguientes, con las salvedades que anotaremos; sin embargo, en ellas fueron adquiriendo mayor importancia las acciones operativas del tipo barricadas, apagones de luz, y la represión se fue endureciendo con la presencia de grandes contingentes militares en la ciudad y, sobre

<sup>25</sup> Se trata de militantes de partidos de izquierda y también de la Democracia Cristiana, pero también de sectores independientes, educadores populares, trabajadores sociales, etc. Una ilustración al respecto en ECO, *Tres aproximaciones al trabajador social popular*, Santiago: ECO, 1983.

<sup>26</sup> De la Maza y Garcés explican así el cambio de Paro a Protesta: “El antecedente inmediato de la Primera Protesta es el de un movimiento sindical que se politiza, que salta los canales impuesto por el régimen. La CTC (Confederación de Trabajadores del Cobre) asume la conducción del movimiento sindical y convoca a un Paro con objetivos políticos explícitos (...). De hecho, sólo algunas zonales de la CTC apoyaban el Paro, mientras la importante zonal de Chuquicamata (y también Andina) tenían una postura contraria. Por otro lado, otras expresiones sindicales, controladas por la Democracia Cristiana, tampoco apoyaban el llamado a paro. Por último, era visible el riesgo represivo que el paro involucraba, represión avalada por el marco legal vigente en que el sindicalismo se desenvolvía (...). La convocatoria deriva en “expresión pública de descontento (...)”, (*La explosión de las mayorías...*, p. 27). Por su parte, J. Martínez (en “Miedo al Estado, miedo a la sociedad. Sobre las protestas opositoras en Chile y el problema del miedo”, mimeo, Santiago, 1985; también en *Proposiciones* No. 12, octubre-diciembre 1986), explica la importancia que tiene el que la Primera Protesta haya sido convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre. Por un lado, está la ubicación estratégica de la minería del cobre y la percepción generalizada de ello en los diversos sectores sociales. Por otro, la capacidad articuladora de esta organización tanto respecto a las dos corrientes del sindicalismo chileno (una de orientación más política, ligada a la industria y minería tradicionales, protegidas por el Estado y en manos privadas, y la otra, más gremialista, ligada a las grandes empresas estratégicas del Estado o controladas por el capital extranjero) como respecto de las organizaciones gremiales de las clases medias.

Fuera de los dos textos citados, pueden encontrarse análisis de aspectos parciales de las Protestas en Agurto, Canales, De la Maza, *Juventud chilena...*, y en CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales...*

todo, en las poblaciones<sup>27</sup>. A partir de la tercera protesta, este tipo de manifestación, cuya duración era de dos días, se fue extendiendo a provincias. Entre mayo de 1983 y octubre de 1984 hubo once protestas, con una frecuencia casi mensual (exceptuando las vacaciones de verano), con grados de éxito diversos, en las que se introdujeron otras formas de movilización (Jornadas por la Vida, concentraciones políticas en teatros y espacios abiertos, etc.). La Protesta de octubre de 1984 se convirtió en un primer esbozo de Paro General y provocó la decisión del Gobierno de proclamar el Estado de Sitio, lo que prácticamente terminó con esta fase del Ciclo de Protestas. Levantado el Estado de Sitio a mediados de 1985, hubo nuevos llamados a protestas, pero de menor envergadura y normalmente convocados por sectores particulares de la oposición. A fines de 1985 se realizó una gran concentración masiva convocada por la Alianza Democrática<sup>28</sup>. En abril de 1986 se realizó una jornada que intentaba reimpulsar el movimiento de Protesta, y en julio una nueva agrupación de dirigentes sociales con representación política, la Asamblea de la Ciudad, convocó a un Paro Nacional de dos días con un alto grado de éxito organizativo<sup>29</sup>. La detención de los dirigentes, la discusión interna de la oposición sobre la validez de este tipo de movilización social para terminar con el régimen, unidos posteriormente al descubrimiento de arsenales internados por sectores insurreccionales, así como el atentado al general Pinochet, llevaron a un reflujo y decaimiento quizás definitivo del movimiento de Protestas, lo que fue reforzado con la nueva declaración de Estado de Sitio en septiembre de 1986<sup>30</sup>.

Sin entrar en una descripción detallada de las características de cada Protesta, ni de su evolución ni de los debates y actores involucrados, vale la pena hacer algunas observaciones sobre este ciclo de movilizaciones desde la perspectiva que hemos planteado.

En primer lugar, hay al menos tres elementos que contribuyen a explicar el éxito de la Primera Protesta. Por un lado, la crisis del modelo económico "a la Chicago", base del proyecto transformador del régimen, fue erosionando el apoyo de sectores medios. Esto creó un cierto espacio de permisividad, el cual hizo posible que la protesta de los sectores sociales opositores organizados no terminara en masacre. Parece fundamental, entonces, esta confluencia de los dos sectores —clases medias y clases populares—, que en las últimas décadas habrían sufrido un creciente desencuentro y confrontación<sup>31</sup>. Esta confluencia se expresa en parte —y éste es el segundo elemento— en la naturaleza del organismo

27 Véase C. Piña, "Informe de una barricada", Santiago:FLACSO, 1986. En la Cuarta Protesta, agosto 1983, Pinochet anunció la presencia de 18.000 militares en las calles de Santiago. Después de las Protestas, sus convocantes, además de centenares de manifestantes, eran detenidos o relegados. Véase De la Maza y Garcés, *La explosión de las mayorías...*

28 A partir de agosto de 1983 se habían empezado a constituir los "referentes" o bloques políticos de oposición, que cristalizaron la fragmentación de esta última. Véase Nota 22. El llamado a la Tercera Protesta había sido hecho por los firmantes del Manifiesto Democrático, que luego formaron la Alianza Democrática.

29 En el Paro de julio de 1986, cuyo éxito organizativo es innegable, el impacto político sobre el régimen se debió fundamentalmente al efecto nacional e internacional de la represión en la cual las fuerzas militares quemaron a dos jóvenes, causando —como se sabe— la muerte de uno de ellos. Sobre este tema, véase *Apis*, Número Extra, 7 de julio de 1986 (Santiago).

30 Esta declaración de Estado de Sitio, que se mantuvo hasta enero de 1987, fue la respuesta al descubrimiento de los arsenales de armas en el norte del país, imputados al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y al atentado contra el general Pinochet, reivindicado por el Frente.

31 Garretón, "En busca de la democracia perdida", op. cit.



convocador, el cual junto con simbolizar a la clase trabajadora, es de todos los núcleos de esa clase el que mejor expresa una cierta seguridad para los sectores medios; las características personales de su dirigente máximo así lo confirmaban. Que fuera la organización sindical más clave y poderosa, donde hay diversos sectores políticos de oposición representados, la que convocaba, significó una garantía de amplitud y seguridad que facilitó la pérdida del miedo a la represión<sup>32</sup>. Un tercer elemento por considerar, es que el cambio de Paro a Protesta facilitó la masividad, por cuanto cada sector buscó la forma más adecuada de participar, sintiéndose sujeto creativo al introducir su propia expresión de descontento y rechazo al régimen.

Estos tres elementos fueron variando en las sucesivas Protestas. La represión contra la Confederación de Trabajadores del Cobre llevó a buscar un organismo convocador aun más amplio, como fue el Comando Nacional de Trabajadores<sup>33</sup>. Sin embargo, el impacto político que las primeras protestas tuvieron, llevaron a que el liderazgo político partidario asumiera el relevo de la convocatoria en las Protestas siguientes. Este relevo se repitió, en uno y otro sentido, entre el liderazgo de dirigentes y el de organizaciones políticas; pero lo cierto es que las movilizaciones lograron un nuevo nivel de masividad sólo cuando convocaba el conjunto del espectro político de oposición, y se reducía en su amplitud y su impacto cuando era sólo un sector de ese espectro el que convocaba. Las crecientes divergencias estratégicas de la oposición, especialmente en relación al sentido que debían tener las movilizaciones sociales, convertidas para todos ellos en el elemento crucial para terminar con el régimen, fueron restando capacidad de convocatoria<sup>34</sup>. En 1986 se buscó una forma de obviar las exclusiones políticas y la creciente distancia entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, a través de la constitución de un organismo de dirigentes de organizaciones sociales que incluía a todas las tendencias políticas: la Asamblea de la Civilidad<sup>35</sup>. Esta convocó al Paro de julio, que alcanzó un alto nivel de

32 Véase Nota 26.

33 La Segunda Protesta fue convocada por una organización más amplia que la Confederación de Trabajadores del Cobre; motivada por la detención de su máximo líder, decretó un paro que fue duramente reprimido. Se constituyó así el Comando Nacional de Trabajadores, formado por varios conglomerados sindicales, además de la Confederación del Cobre (la Coordinadora Nacional Sindical, con base en la industria, minería, construcción, organizaciones sindicales campesinas, sectores de profesorado, en la que se encuentran sectores progresistas demócrata-cristianos con sectores tradicionales y renovados de la izquierda; la Central Democrática de Trabajadores, cuyos antecedentes son el Grupo de los Diez y la Unión Democrática de Trabajadores, de carácter centrista, sobre todo demócrata-cristiano, con base en las empresas del Estado, electrometalurgia, organizaciones campesinas y empleados fiscales; el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), menor que las dos otras organizaciones, con base en los trabajadores del transporte y gráficos; la Confederación de Empleados Particulares, centrista, retirada de la CUT, que representa a los empleados particulares de bajos ingresos. Con posterioridad, se incorporaron la Federación del Petróleo y la Confederación Bancaria). El Comando llamó a un Paro indefinido que fracasó, lo que fue disminuyendo el peso del actor sindical en las movilizaciones. La Tercera Protesta fue llamada por actores más estrictamente políticos, a los que se plegaron las organizaciones sociales. Véase, para los "referentes sindicales" mencionados y otros, J. Ruiz-Tagle, *El sindicalismo chileno ...*. Respecto de los liderazgos de las Protestas, véase De la Maza y Garcés, *La explosión de las mayorías...*

34 Véase Nota 2.

35 La Asamblea de la Civilidad agrupa al Comando de Trabajadores, a representantes de organizaciones de pobladores, a los estudiantes universitarios, a las agrupaciones de profesionales, transportistas, a organizaciones de mujeres, de Derechos Humanos, al Grupo de Estudios Constitucionales, etc. Su carácter "cupular" es innegable, pero también lo es su capacidad de convocatoria; la hegemonía en la representación de su dirección la tiene claramente la Democracia Cristiana y, en términos de organizaciones sociales, la Federación de Colegios Profesionales; en todo caso, participan en ella, de modo desigual, todos los sectores políticos de oposición. La Asamblea de la Civilidad publicó un documento resumen de todas las reivindicaciones sectoriales, llamado "La demanda de Chile".

masividad, pero era evidente en ella el predominio de organizaciones de capas medias y el escaso peso del mundo obrero, el sector con menor participación en el Paro.

En lo que respecta a la masividad que caracterizó a las primeras protestas, la violenta represión ejercida por el gobierno, que aumentó significativamente el número de muertos y detenidos; los anuncios gubernamentales de concesiones económicas a algunos de los gremios de capas medias; las expectativas políticas entre el régimen y oposición que provocaron un fuerte debate interno en ésta; la radicalización de los sectores juveniles y poblacionales, fueron de algún modo alejando a los sectores medios de las movilizaciones. Si se toma en cuenta que, aunque la convocatoria de los sindicatos fue clave en el éxito de las Protestas, ellos constituían el sector de mayor dificultad de movilización, puede entenderse por qué el núcleo fuerte de las movilizaciones pasó a ser la franja del "activo militante político social" a que nos hemos referido, los sectores estudiantiles y, sobre todo, el mundo joven de las poblaciones que se debatía entre la anomia y la radicalización creciente, con gran desconfianza del mundo de las instituciones y concertaciones<sup>36</sup>. Todo ello no quiere decir que, dependiendo de quienes convocaban y del dramatismo de tal o cual situación, no se lograra convocar para alguna manifestación a sectores medios y populares amplios; pero ello fue haciéndose más y más esporádico.

Esta bifurcación de la masa que protesta entre quienes se retiran o buscan resolver problemas reivindicativos, y sectores populares que buscan sobre todo la dimensión expresiva, lo que va a converger con la radicalización política de algunos sectores de oposición que se inclinan a posiciones de corte insurreccional y militarizada, explica también la transformación de las formas de protesta y movilización<sup>37</sup>. En el mundo poblacional joven y, marginalmente, en el mundo estudiantil, las barricadas, la preparación para el enfrentamiento con la cada vez más violenta represión policial y militar, las medidas operativas, a veces mezcladas con acciones propiamente delictuales aunque marginales, van a tomar el lugar central. Los días de protesta son mirados así como los momentos heroicos de actos de enfrentamiento y liberación.

En segundo lugar, cabe referirse al impacto político de estas movilizaciones. Es un hecho, como se ha señalado, que las Protestas cambiaron el país: se amplió enormemente el campo de acción colectiva, pese a la represión y a las medidas institucionales como el Estado de Sitio; el miedo acumulado en un decenio fue erosionándose; apareció en la escena una sociedad civil que redefinía su relación con el Estado. Este vuelco implicó la introducción de la política en dos niveles. En lo que concierne al régimen, éste se vio obligado a combinar la política con la lógica militar, que había sido hasta entonces su único estilo de acción, y a reconocer un actor de oposición<sup>38</sup>. Los cambios en la política

36 Véase E. Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, Santiago: SUR, 1985; Agurto, Canales, De la Maza, *Juventud chilena...*, Cap. 2.

37 Los grupos insurreccionales más importantes desde el punto de vista de su organización son, como ya hemos dicho, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el MIR. Existen también otros grupos menores. En sectores juveniles de poblaciones es importante la presencia de las Milicias Rodriguistas (cercanas al Frente y a las Juventudes Comunistas). En las movilizaciones más radicalizadas participan también sectores de inspiración cristiana orientados hacia la "no violencia activa".

38 Entre la Tercera y Cuarta Protesta (julio-agosto 1983), se constituyó la Alianza Democrática que, junto al Comando Nacional de Trabajadores, llamó a la Cuarta Protesta, a la que convocaron también las organizaciones de izquierda. Después de ella, y habiéndose producido un cambio de Gabinete con el nombramiento al ministerio del Interior de un civil, el antiguo político de derecha Sergio Onofre Jarpa, se inició un período llamado de "apertura", que buscaba —desde la perspectiva del Gobierno— recomponer su frente civil de apoyo y canalizar a la oposición dentro de los cauces institucionales del

económica destinados a cooptar sectores medios, la combinación de medidas de apertura con cierres y represión, los intentos de reorganizar su frente civil de apoyo, son expresión de lo anterior. Para la oposición, el movimiento de Protesta significó su irrupción en el espacio público a través de la conformación de bloques ideológico-políticos<sup>39</sup>. Si bien ello permitió la constitución de referentes o interlocutores políticos que tomaron el relevo de la dirigencia social, a la vez que buscaban representar la sociedad movilizad, se planteó aquí un problema. En efecto, la ausencia de actores sociales autónomos fuertes dejó entregada la suerte política de las movilizaciones al debate y concertación de actores políticos enfrentados a sus propios problemas de constitución. Las movilizaciones pasaron así a ser un tema del debate ideológico estratégico en torno al término del régimen militar donde, bajo el mito común de que ella llevaría a la ingobernabilidad y ésta a la caída del régimen militar, se escondían diversas opciones y expectativas respecto de una posible transición<sup>40</sup>. Ello se reflejó en la ausencia, por parte de los actores políticos, de una propuesta institucional consensual de transición que forzara más adelante una negociación con el poder militar y que, sobre todo, le otorgara a la movilización una canalización en términos de metas y objetivos acumulativos. Sin ello, la sola convocatoria a metas máximas y generales como "*Democracia Ahora*", podía dar cuenta de un estado de ánimo, superar los temores y aislamientos, pero difícilmente podía transformar, en un plazo más largo, una fuerza social en fuerza política. Las movilizaciones no formaron parte de un diseño estratégico coherente, pese al papel esencial que se le asignaba para terminar con el régimen militar, ni en las versiones insurreccionales ni en las versiones más políticas. La idea genérica de "ingobernabilidad" como productora necesaria de un cambio de régimen, y la obsesión del "Paro Nacional" como instrumento de derrocamiento, sin su inserción en una visión de los mecanismos institucionales de cambio, son ilustraciones de ello.

Así, las grandes movilizaciones que se desarrollaron desde 1983 permitieron superar los miedos y traumas, desmintieron el intento militar de hacer desaparecer los actores colectivos, reintrodujeron el espacio político en la sociedad, obligaron a concesiones del régimen en algunos campos, pero no fueron suficientes para originar actores sociales autónomos de relativa fuerza, ni lograron cumplir las expectativas que se le asignaron de desencadenar un proceso de transición.

---

régimen. Ambos objetivos fracasados, en noviembre de 1984 (un año después) se clausuró la apertura con la declaración de Estado de Sitio. La forma inicial que adquirió esta "apertura", fuera de conexiones como la autorización de ingreso de un cierto número de exiliados, fue la de un "diálogo" entre el ministro Jarpa y algunos sectores de oposición de la Alianza Democrática. En ese momento la oposición accedió al espacio público, pero se produjo una fragmentación en ella respecto del diálogo con el Gobierno y un distanciamiento con los sectores sociales más movilizados. Sobre este período, véase C. Huneeus, "La política de la apertura y su importancia para la inauguración de la democracia", *Revista de Ciencia Política*, 7: 1, 1985, Santiago, 1985; M.A. Garretón, "El régimen militar chileno en la encrucijada", *Mensaje*, enero-febrero 1984, y "Chile: la transición bloqueada", *Mensaje*, enero-febrero 1985.

39 Véase Nota 22 sobre los bloques políticos.

40 En los sectores vinculados a la Alianza Democrática predominaba la idea ya de un solo cambio de régimen, ya de uno que permitiera más adelante cambios sociales (en ambos casos, régimen democrático). En el caso del Movimiento Democrático Popular, afirmando un régimen democrático alternativo, el énfasis se ponía en un derrocamiento cercano al modelo revolucionario y que permitiera la instauración de una "democracia avanzada". Las vinculaciones de estas opciones con el tema de las movilizaciones, en Nota 2.



Vale la pena completar el panorama de las movilizaciones globales reseñado hasta aquí, con algunas notas sobre la particularidad de ciertos sectores involucrados.

Al analizar el mundo popular, llama inmediatamente la atención la bifurcación que se produce entre la clase obrera propiamente tal y los vastos sectores poblacionales<sup>41</sup>. Ya hemos indicado la importancia que tuvo la convocatoria sindical y, al mismo tiempo, la debilidad de la participación obrera. Y es que el sindicalismo ha visto en estos años reducido enormemente su poder e influencia. Las profundas transformaciones estructurales, con la reducción del espacio industrial, especialmente en áreas donde el sindicalismo era tradicionalmente fuerte; las muy altas tasas de cesantía; las limitaciones institucionales a la acción reivindicativa, si bien no eliminan el poder simbólico del movimiento obrero, le restan capacidad de acción efectiva, lo que se apreciaba en tasas bajas de sindicalización<sup>42</sup>. Todo ello lleva a una diferenciación entre un sindicalismo de base de corte netamente corporativo, y uno que se expresa en los niveles cupulares donde las opciones político partidarias se hacen presentes, dificultando no sólo la acción colectiva unitaria, sino también la relación con ese sindicalismo de base<sup>43</sup>.

Si el mundo poblacional aparece como el refugio privilegiado de las movilizaciones, hay sin embargo que plantear algunas observaciones. En primer lugar, la relativa monopolización de estas movilizaciones por parte de los sectores juveniles, probablemente los más avasallados por el régimen militar<sup>44</sup>. Esto da a las movilizaciones un doble sesgo: un carácter fundamentalmente expresivo, desprovisto de contenido instrumental o reivindicativo preciso, donde lo que importa es la afirmación como sujeto de una identidad negada por la cotidianidad impuesta; y una tendencia hacia formas de movilización que privilegien el enfrentamiento con el mundo oficial, simbolizado en el aparato represivo: barricadas, apedreamientos, pequeñas destrucciones de símbolos públicos. Todo ello contribuye a un aislamiento de estos sectores incluso en las poblaciones mismas, lo que refuerza su carácter comunitario, no societal. En segundo lugar, pese a la movilización mostrada por sectores poblacionales y a la existencia de múltiples organizaciones de subsistencia, solidaridad, culturales, etc., hay una enorme dificultad en el paso a la acción política como sujeto colectivo autónomo<sup>45</sup>. Ello se debe a que la movilización reivindicativa

41 Datos estructurales con las transformaciones en los sectores obreros y marginales, en J. Martínez y E. Tironi, *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación 1970-1980*, Santiago: SUR, 1985. Sobre la relación sindicatos-pobladores, R. Baño, *Lo social y lo político*, op. cit., Cap. 2.

42 En 1981 el número de afiliados sindicales había disminuido en 53,7 por ciento respecto de 1972. Después de la crisis económica, hubo una nueva disminución, llegando la proporción de afiliados a 8,7 por ciento de la fuerza de trabajo y a 10,2 por ciento de los ocupados en 1983 (datos en J. Ruiz Tagle, *El sindicalismo chileno* ..., pp. 18-20).

43 Véase Nota 33 sobre los diversos conglomerados sindicales y sus orientaciones. Uno de los debates más importantes al respecto se dio en torno a la creación de una central sindical unitaria o la mantención de centrales ideológicas (la Central Democrática de Trabajadores, de orientación democrata-cristiana, aboga por la mantención de centrales ideológicas, en tanto la Coordinadora Nacional Sindical, con sectores democrata-cristianos progresistas y la izquierda, plantea la recreación de una central única). Este debate está también afectado por las afiliaciones internacionales de las diversas organizaciones sindicales. Véase Campero y Valenzuela, *El movimiento* ...; G. Campero, *El sindicalismo internacional y la redemocratización de Chile*, Santiago: CED, 1984; J. Ruiz Tagle, *El sindicalismo* ...

44 Véase Notas 23 y 36.

45 V. Espinoza, "Los pobladores en la política", en CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales* ..., pp. 31-51; R. Baño, *Lo social y* ..., Caps. 3 y 4; Ph. Oxhorn, "Democracia y participación popular: organizaciones poblacionales en la futura democracia chilena", *Contribuciones* 44, Santiago: FLACSO, diciembre 1986.

tiva no aparece como visiblemente útil, dada la magnitud de los problemas que se viven; también a que, cuando la reivindicación es puntual y es absorbida (logro de terrenos, por ejemplo) deja de ser causa de movilización; y a la vez, a que la heterogeneidad de los actores involucrados impide una organización unitaria coordinadora, lo que reproduce los problemas de relación entre cúpulas partidarias delegadas en el medio poblacional. Es aquí donde se presentan los límites de este "activo político social" al que nos hemos referido, capaz de movilizar coyunturalmente, pero no de asegurar una organización permanente y amplia en las bases poblacionales<sup>46</sup>.

En las llamadas capas medias pueden distinguirse al menos tres sectores. Primero, aquél constituido por gremios de pequeños y medianos empresarios (comercio, transporte, etc.) que, cuando brinda apoyo a las movilizaciones amplía enormemente el impacto de ellas, pero que tiende a un comportamiento dirigido fundamentalmente por una orientación corporativo-reivindicativa. Es decir, dicho sector "instrumentaliza" las movilizaciones en términos de sus propias demandas, y las abandona cuando puede negociar tales demandas con el régimen<sup>47</sup>. En segundo lugar, están los gremios profesionales que han ido tomando un papel activo en el último tiempo, como se expresa en la constitución de la Asamblea de la Ciudad. Fuera de manifestaciones por la vía de declaraciones o concentraciones, muchas veces puntuales y referidas a respuestas contra abusos legislativos o de hecho por parte del gobierno, la forma privilegiada de movilización ha sido en los últimos años la que puede denominarse "instrumental organizativa": la movilización electoral en sus propias organizaciones<sup>48</sup>. Ello ha significado un fortalecimiento organizacional, una expresión pública de rechazo a las posiciones que representan al régimen militar, y una creciente politización de estos sectores donde se da un complejo juego entre autonomía y vinculación partidaria. Obviamente esta forma exitosa de movilización, si bien cohesiona a un sector social, no logra trascender fácilmente a otros.

También la movilización electoral ha sido crucial en un tercer sector: el de los estudiante universitarios. Quizás se trate del mundo que más parece acercarse a la idea de un movimiento social<sup>49</sup>. En los últimos años han logrado consolidarse Federaciones de

<sup>46</sup> Un ejemplo de los problemas de relación entre partidos y movimientos de pobladores y de las fragmentaciones políticas existentes que se trasladan al medio poblacional fue el Congreso Unitario de Pobladores en 1982, llamado por varias agrupaciones y que no logró articularse con las organizaciones de base. En el medio poblacional funcionan en el último tiempo cuatro "referentes organizacionales", uno más cercano a la Democracia Cristiana, otro a la Izquierda Cristiana, otro al Partido Comunista y otro al MIR. Los tres últimos, de izquierda, han intentado una agrupación común, que se ha enfrentado a disputas de representatividad y control políticos. Es interesante señalar que en este medio se da la mayor radicalización de la base militante respecto de sus directivas oficiales y respecto también de la base social con que trabajan. Véase Oxhorn, "Democracia y participación...", Cap. 1.

<sup>47</sup> El caso de los transportistas es el más elocuente. Sobre estos sectores, véase G. Campero, *Los gremios empresariales*, Santiago: ILET, 1984.

<sup>48</sup> Sobre todo desde 1983 se han producido elecciones no sólo en el medio sindical, sino en las Universidades y en los Colegios Profesionales, prácticamente todas ellas con connotaciones político-partidarias, y con un abrumador triunfo de los sectores de oposición. Por ejemplo, en 1985, 22 de las 24 Federaciones de Estudiantes tenían directivas de oposición elegidas democráticamente, y la casi totalidad de los Colegios Profesionales adscritos a la Federación de Colegios Profesionales estaba en la misma situación. Véase M.A. Garretón, "Estados de Sitio y elecciones en la sociedad", *Mensaje*, 340, julio 1985.

<sup>49</sup> Sobre el movimiento estudiantil, véase Ana Tironi, "Esquema histórico del movimiento estudiantil chileno 1906-1973", en M.A. Garretón y J. Martínez, *Biblioteca del Movimiento Estudiantil*, Tomo IV, 2a Parte, Santiago: SUR, 1985, para una visión histórica. Sobre el movimiento estudiantil

Estudiantes en todas las Universidades del país a través de elecciones que favorecen abrumadoramente a la oposición. Al mismo tiempo, en las movilizaciones globales, los estudiantes han sido fundamentales en la presencia en las calles y en la paralización de actividades. Por último, la movilización estudiantil se ha dirigido al ámbito universitario mismo, ya sea en términos de demandas estrictamente corporativas (en relación a los aranceles), ya sea en términos de cambios más radicales (término del sistema de Rectores Delegados). Hay dos aspectos, sin embargo, que debilitan la acción estudiantil, más allá de los elementos estructurales e institucionales que han implicado un cambio profundo en la condición del estudiante universitario. Por un lado, los límites que presenta la acción puramente agitativa —concebida en términos de “ingobernabilidad”— para ampliar la convocatoria a la masa estudiantil acuciada por sus problemas específicos y a los sectores académicos, ampliación que permitiría traducir la movilización en efectivos cambios en la situación universitaria. Sin ello, el desgaste y aislamiento de los grupos dirigentes es evidente. Por otro lado, la politización partidaria de la capa dirigente, que hace al movimiento estudiantil muy vulnerable a lo que ocurre en el nivel partidario nacional, aun cuando puedan haber excepciones al respecto.<sup>50</sup>

Cabría referirse brevemente a las movilizaciones de mujeres.<sup>51</sup> Este ha sido un sector especialmente activo en las organizaciones populares y en los momentos de movilización global (aunque paradójicamente las encuestas lo muestran como persistentemente conservador en términos de sus visiones y opiniones). Lo significativo en todo este período es el surgimiento de una demanda específicamente femenina, que no se reduce a la lucha política contra el régimen y que se expresa en un número importante de grupos y círculos de mujeres presentes en las movilizaciones globales. Asimismo, la movilización propia política ha tenido caracteres originales, en tanto ha superado mejor que las estructuras partidarias las tendencias a las divisiones por razones orgánicas o estratégicas. Ejemplo de ello es el Movimiento Mujeres por la Vida y los actos que ha organizado.<sup>52</sup> Quedan en pie las interrogantes sobre la eventual marginalización de la demanda femenina o su absorción por las metas políticas globales, y sobre la capacidad de resistencia a las presiones centrífugas de las estructuras partidarias.

---

bajo el régimen militar. J. Auth, “Pour une intervention sociologique sur la lutte étudiante au Chili” Memoire DEA, EHESS-CADIS, Paris, 1985; E. Valenzuela, “Estudiantes y democracia”, mimeo, Santiago, 1986; E. Valenzuela y E. Silva, “Movimientos estudiantiles: un actor social relevante”, *Mensaje*, diciembre 1985; M.A. Garretón, “Las elecciones estudiantiles universitarias”, *Mensaje*, diciembre 1986; Agurto, Canales, De la Maza, *Juventud chilena ...*, Cap. 3.

50 En las elecciones estudiantiles de 1986 se evidenció esta dependencia del movimiento estudiantil respecto del sistema partidario, al expresarse las diversas opciones electorales en listas que respondían casi exactamente a la conformación de los bloques políticos nacionales; se creó así una división entre los sectores de oposición, la que no había existido al realizarse en 1984 o 1985, según las Universidades, las primeras elecciones democráticas de Federaciones, en las que la alineación fue oposición vs. gobierno. Véase Garretón, “Las elecciones estudiantiles universitarias”, art. cit.

51 Véase J. Kirkwood, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago: FLACSO, 1986; M.A. Meza, comp., *La otra mitad de Chile*, Santiago: CESOC, Instituto para el Nuevo Chile, 1986; N. Molina, “Movimientos de mujeres en Chile (1983-1986). Desafíos y problemas en la constitución de una nueva identidad femenina”, mimeo, Santiago, mayo 1986; incluye una cronología de actos y movilizaciones de mujeres en el período estudiado.

52 En este Movimiento participan mujeres de todos los partidos y de otros movimientos de mujeres. En diciembre de 1983 realizó el acto de oposición masiva al régimen más unitario que se conoce, y su planteamiento permanente es la unidad de toda la oposición. Sobre éste y otros movimientos de mujeres, véase N. Molina, art. cit.



Finalmente, al examinar el impacto que las diversas formas de movilización tienen en la opinión pública, distintas encuestas muestran la amplia legitimidad adquirida por las huelgas, las peticiones a las autoridades, las marchas, los "caceroleos", es decir, aquellas formas que se consideran pacíficas y las encaminadas a la negociación. En cambio, las tomas, los cortes de tránsito, los rayados de muralla, las bombas y apagones de luz, es decir, aquellas formas que aparecen como alterando un orden sin dirigirse a una solución concertada, tienden a ser mayoritariamente rechazadas<sup>53</sup>.

## CONCLUSIONES

Puede decirse, en síntesis, que el régimen militar fracasó en su proyecto de eliminar la acción y los actores colectivos y sus expresiones políticas, pero sí logró un cierto grado de desarticulación. Ello significa la reemergencia de una sociedad civil que erosiona al régimen y gana espacios de organización y expresión (la transición invisible). No hay en esta reemergencia nuevos actores sociales autónomos —con una posible excepción en el caso de las mujeres y, en menor grado, del sector de jóvenes pobladores—, sino la presencia de los actores clásicos, más debilitados y con rasgos propios de la experiencia dictatorial; entre tales actores, los núcleos de animadores culturales y de derechos humanos, los grupos culturales y religiosos, las organizaciones de subsistencia, etc.

Hubo movilizaciones sociales populares; pero no bastaron para terminar con el régimen. La transición invisible fue incompleta y no se transformó en transición formal.

Puede insinuarse tres líneas de interpretación sobre lo dicho hasta aquí.

En primer lugar, está el sentido de las transformaciones estructurales e institucionales del régimen militar. Como se ha señalado en múltiples estudios, ellas se orientaron hacia la reducción, debilitamiento, empobrecimiento y atomización de los espacios de constitución de actores y movimientos sociales, y no se crearon, a la brasileña, nuevos espacios de construcción de actores sociales inéditos<sup>54</sup>. Ello tiene diversas consecuencias para las movilizaciones populares. Así, cada sector asigna distintos sentidos a las transformaciones impuestas, dadas las motivaciones muy diversas en una sociedad altamente fragmentada. A su vez, esto lleva a formas de movilización diferentes y conflictivas entre sí, lo que obliga a un tipo de meta genética capaz de superar la fragmentación, pero que tiende a desgastarse o a reducirse a núcleos militantes cuando se obtienen avances visibles en torno a ella ("democracia ahora", por ejemplo). Finalmente, en un contexto altamente represivo, de pérdidas de identidades sociales y de "inorganicidad social", se favorece un tipo de

<sup>53</sup> Véase FLACSO, "Encuesta sobre la realidad socio-política chilena: resultados preliminares", Documento de Trabajo No. 81, mayo 1986. Resultados similares en la encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea; véase C. Huneeus, *Cambios en la opinión pública: una aproximación al estudio de la cultura política en Chile*, Santiago: CERC, Academia de Humanismo Cristiano, 1987.

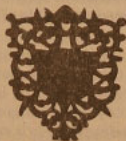
<sup>54</sup> Martínez y Tironi, en *Las clases...*, muestran como indicador de "inorganicidad" la disminución del porcentaje de asalariados en la población activa, de 53 por ciento en 1971 a 45 por ciento en 1980, y a 38 por ciento en 1982; el porcentaje de "excluidos" en la población activa (desocupados, servicios de empleo mínimo del Estado, empleo doméstico y trabajadores marginales) en los mismos años habría pasado de 14 a 25 y a 36 por ciento, respectivamente; el porcentaje de jóvenes "incluidos" habría pasado, en los mismos años, de 80 a 61 a 49 por ciento respectivamente, y el de mujeres, de 68 a 60 y a 50 por ciento. Todo ello permite a los autores hablar de "inorganicidad", "exclusión" e "impemabilidad" de la estructura social chilena en este tiempo (op. cit., pp. 191). También es posible hablar de disminución o debilitamiento de las bases clasistas de la movilización social.

movilizaciones altamente expresiva y emocional, y se plantean enormes dificultades para las movilizaciones de tipo reivindicativo e instrumentales<sup>55</sup>.

En segundo lugar, hay un cambio significativo en la "columna vertebral" de la sociedad chilena, esto es, en el modo de articulación entre partidos y organización social<sup>56</sup>. La relación tradicional de "imbricación" entre liderazgo político y organización social no es reemplazada por una nueva matriz, pero tampoco permanece incólume. Esto implica, por un lado, la relativa continuidad de una clase política capaz de representar y concertar, pero distante de la sensibilidad de masas. Por otro lado, una cierta automatización de una franja político-social de militantes de base —el "activo político social"— que actúa como motor de las movilizaciones. Finalmente, en una clase política como ésta predominan los problemas ideológicos y organizacionales, lo que dificulta la transformación de la acción social en fuerza y propuestas políticas. Todo ello hace que en el interior de la estructura político partidaria y de la "franja militante", la redefinición y aceptación de la autoridad del actor social sea lenta y ambivalente<sup>57</sup>.

En tercer lugar, en relación al proceso mismo de transición política de un régimen militar a uno democrático, las movilizaciones nos muestran que, en el caso chileno, la ausencia de diseño político de cambio, consensual y coherente, por parte de la oposición política; el predominio ideológico y expresivo, y, por lo tanto, de sello fragmentado y no unitario; y la debilidad de la dimensión político-instrumental, marcan los límites de la movilización concebida como "la" estrategia política. Ella es un componente indispensable en una estrategia de cambio, pero combinada con otros procesos políticos que definen una transición.

Quizás lo anterior sea reflejo de una paradoja: las movilizaciones sociales por sí mismas reconstruyen la sociedad civil parcialmente y transforman los regímenes militares; pero no logran su término. Sin momento político, no hay fin de la dictadura y transición democrática.



<sup>55</sup> En efecto, la movilización reivindicativa, dominante en la historia chilena de este siglo, se hizo en un marco que combinaba industrialización, ampliación del papel integrador del Estado y régimen democrático, con fuerte presencia del sistema de partidos. Es claro que, en este aspecto, el sector tradicionalmente más importante —el sindicalismo— es el más afectado.

<sup>56</sup> *El proceso ...*, Cap. 1; *Dictaduras ...*, Cap. 3.

<sup>57</sup> Esta desarticulación del modo de constitución de actores sociales en Chile explicaría el desencuentro entre clase política y el mundo popular marginalizado, en el cual crecientemente se dan prácticas y sociabilidades significativas, pero que no necesariamente se "representan" en los actores políticos o institucionales clásicos ni tampoco logran convertirse en actores nuevos autónomos. Estaríamos pasando de un modelo de "imbricación", primero, a uno de "desarticulación" luego, para emerger, posteriormente, uno de "tensión" entre liderazgo político y mundo social popular. Véase "Política y sociedad en la marginación e integración del mundo popular. Notas para un esquema de análisis", Santiago: FLACSO, Material de Discusión, 1987.